

que más resplandecieron en esta jornada, fueron dos: la una, el menosprecio de todo el interese temporal; la otra, la fortaleza y constancia de ánimo. Porque primeramente, ofreciéndole muchas veces gran suma de dinero, nunca la quiso recibir, ni tomar para su sustento cosa alguna del hospital al cual servia, sino que se sustentaban él y su compañero de la limosna que Juan de Vega les daba. Allende desto, el día que se dió el postrer asalto, vinieron muchos soldados al padre Lainez, trayendo cada uno lo mucho ó poco que tenia para que se lo guardase, ó si Dios dispusiese dél en el asalto, hiciese dello lo que le pareciese, ó lo que en la memoria que cada uno traia se contenia; fueron tantos los que vinieron y tanto lo que trujeron, que se llegó una muy buena suma de ducados. El padre Lainez, visto lo que aquellos soldados se fiaban dél, y la buena opinion que tenian de su persona, al tiempo que se dió el asalto suplicó muy ahincadamente á nuestro Señor que guardase á todos los soldados, pero particularmente á aquellos que con esta confianza habian mostrado la cuenta que tenian con su persona, por su amor. Oyó las voces de su siervo el Señor; fué cosa maravillosa que en un asalto tan sangriento y en un combate tan reñido, en el cual hubo tantos heridos y muertos, no murió ni fué herido ninguno de los soldados que habian encomendado sus cosas al padre Lainez. A cada uno dellos, sanó y alegre, volvió el buen padre lo que de cada uno habia recibido, y fué cosa muy notada y de gran maravilla, no ménos la fuerza que tuvo su oración para con Dios, que la fidelidad que usó para con los hombres, volviendo lo que era suyo á cada uno. Porque no hay cosa de mayor admiración para los hombres apegados en sus intereses y pretensiones, que ver al religioso desinteresado y despreciador de todo lo que ellos precian y estiman, mostrando con obras ser horrura y basura todo lo que no es Dios.

No fué ménos admirable la fortaleza que mostró el padre Lainez en esta jornada; porque en medio de los peligros estaba seguro, y temiendo algunas veces los que se tenian por esforzados, él no temia, no solamente cuando estaba en el hospital, que era apartado y lejos de los tiros de los enemigos, pero tampoco cuando andaba más cerca dellos, en lugares descubiertos y peligrosos. Preguntándole yo la causa desto, me decia que él nunca se habia puesto en peligro por curiosidad ni vanidad, ni por otros respetos mundanos, sino cuando le obligaba la caridad, y con esto no le parecia que tenia que temer.

Tomada pues la ciudad, y dejado el órden que convenia para la defensa della, volvió la armada á Sicilia con grandísimo peligro, porque se levantó una tormenta tan recia y espantosa, que los capitanes y soldados más valientes, que no habian temido á los enemigos, comenzaron á temer y desmayar viendo el furor de los vientos y la braveza del mar. Estando ya casi sin esperanza de remedio, el padre Lainez, que iba en la galera capitana de

Sicilia con el virey Juan de Vega, comenzó á animar la gente y á decir á grandes voces: «¿Qué es esto, señores? ¿De qué nos espantamos? ¿Qué tememos? ¿No sabemos que estamos en las manos de Dios? ¿Pensamos, por ventura, que no son poderosas para salvarnos, siendo las que quebrantan las furiosas ondas de la mar y ponen término á su orgullo? ¿Ó creemos que no querrá librarnos el que nos crió de nada y nos compró con su sangre, y nos gobierna con tanta y tan particular providencia, que no cae un cabello de nuestra cabeza sin su voluntad, y nos tiene aparejada su gloria si por nosotros no falta? Colgados estamos de aquel Señor, ¡oh valerosos capitanes! de quien están colgadas y pendientes todas las criaturas, mirando siempre su rostro para cumplir luego sus mandamientos. Él es nuestro Señor y nuestro Padre; quiere que paguemos aquí con este trabajuelo los pecados que habemos cometido en la vitoria que Él nos ha dado, y el desconocimiento y descuido que habemos tenido en sabérsela agradecer y servir. Vendrá despues desta borrasca la bonanza, y llegaremos, con el favor divino, al puerto deseado.» Diciendo el padre Lainez estas palabras, se levantó un caballero principal, deudo de Juan de Vega, y dijo con gran sentimiento: «¡Oh, padre, padre! Está vuestra paternidad alegre y consolado con el testimonio de su buena conciencia, y nosotros afligidos y amargos con el remordimiento de nuestros pecados. Vuestra paternidad está aguardando el cielo, y nosotros el infierno, ¿y quiere que no desmayemos y que tengamos un mismo ánimo y esfuerzo, siendo tan desemejantes nuestras vidas y tan contrarios los fines que esperamos?» En fin, aplacóse el tiempo, y la armada, aunque con trabajo y pérdida de muchos remos y obras muertas y de dos naves de alto borde, llegó á salvamento al puerto de Trápana, en Sicilia, quedando todos muy edificados del padre Lainez, y maravillados de su virtud y ejemplo, que fué tan grande, que no faltó quien le cortó parte de su ropa para tenerla como reliquia de un gran siervo y amigo de Dios.

Finalmente, el padre Lainez y el padre Salmeron trabajaron mucho en el santo concilio, sirviendo á los legados de la Sede Apostólica y á los otros perlados en todo lo que se ofrecia; y así, por su consejo se propusieron y trataron y determinaron algunas cosas de mucho peso y utilidad, por ser universales y tocar á toda la Iglesia católica. Tambien dieron á conocer la Compañía, que era recién nacida y desconocida en el mundo, y le dieron lustre y buen nombre, mostrando con sus obras y doctrina que merecia ser favorecida y amparada de la Sede Apostólica, como siempre lo ha sido. Y parece que quiso nuestro Señor que de los tres legados que la primera vez presidieron en el santo concilio, en tiempo del papa Paulo III, dos le sucediesen en el pontificado inmediatamente, uno tras otro, que fueron Julio III y Marcelo II deste nombre; los cuales, como en el concilio ha-

bian conocido tan estrechamente á los padres Lainez y Salmeron, y servidose dellos, y por ellos cobrado tanta afición á la Compañía, se la mostraron despues, siendo papas, con las muchas gracias que le concedieron, especialmente Julio III, que vivió más en el sumo pontificado, porque Marcelo II (como despues se dirá) acabó el suyo en breves días. Demas desto, ganaron estos padres las voluntades de casi todos los perlados y hombres señalados en letras de toda la cristiandad; por lo cual se derramó el buen olor y fama de la Compañía, y se dió ocasion á que se hiciesen muchos colegios della, como se ha dicho. Tales fueron el de Granada, el de Plasencia, el de Murcia, el de Paris, Billon y Moriacó en Francia, por la amistad que los perlados destas ciudades tuvieron con los dichos padres. Y no fué fruto de poca estima entre los que cogieron en el concilio, haber ganado en él al doctor Martin de Olabe para la Compañía, que por haber sido hombre muy señalado en virtud y letras, y uno de los que más suspensos y maravillosos estaban del ingenio y doctrina del padre Lainez, y haberse determinado de seguirle con muy extraordinaria vocacion de Dios nuestro Señor, pues viene á propósito, quiero yo aquí decir cómo ello fué.

## CAPÍTULO VIII.

La entrada en la Compañía del doctor Martin de Olabe.

El doctor Martin de Olabe fué de nacion español, nació en la ciudad de Vitoria, que es cabeza de la provincia de Alava, de padres ricos y nobles; fué de muy rara habilidad, extremado juicio y loables costumbres. Estudió, siendo mochacho, en la universidad de Alcalá, adonde viniendo el bienaventurado padre nuestro Ignacio á estudiar, pidiendo como pobre limosna, el primero que se la dió á la puerta de Guadalajara (1) fué Martin de Olabe. De allí, siendo ya mozo, fué á la universidad de Paris, adonde leyó el curso de artes con gran loa, y se dió á los estudios de teología tan de propósito, y los siguió con tanta diligencia y cuidado, que en las disputas y otros ejercicios de letras dejaba muy atras á sus compañeros, como se mostró en el grado tan aventajado que le dieron cuando se graduó de doctor. En este tiempo era hombre alegre y de buena conversacion, y que se burlaba de los nuestros y no queria tratar con ellos, por parecerle que era gente escrupulosa y demasadamente retirada. De Paris fué á la córte del emperador don Carlos V, donde estuvo algunos años sirviéndole de capellan, y por su excelente doctrina, deudos y amigos tuvo siempre mucha cabida con los señores della. En la córte de tan gran príncipe vió todo lo que se desea y se suele ver de grandezas, fiestas, regocijos, aparatos, entradas y acompañamientos de señores y príncipes, y de todo lo demas que los hijos del siglo tanto precian y estiman; pero

(1) La que hoy se llama de Mártires, desde que entraron por ella las reliquias de los santos niños Justo y Pastor, traídas de Huesca á fines de aquel siglo.

Olabe no hallaba contento, descanso ni hartura en lo que no se la podia dar. Hallóse en toda la guerra de Alemania con el Emperador, y paseó aquella latísima provincia, para que no le quedase qué probar; y en fin, entendió que en paz y en guerra el mundo siempre es uno, vano, engañoso é inconstante; y como era hombre docto y discreto y de buen natural, desengañóse más presto que otros, y comenzó poco á poco á tratar de dejarle.

Fué muy amigo del padre fray Pedro de Soto, religioso de la órden de Santo Domingo y confesor del Emperador, que en aquel tiempo podia mucho. El cual padre, viendo la gran calamidad y estrago que las herejías luteranas en toda Alemania habian hecho, y que iban cundiendo y extendiéndose cada día más, determinó de oponerse con todas sus fuerzas á aquel infernal impetu y pestilencia furiosa, para estorbar que no hiciese tan gran progreso. Y así, acabada la guerra de Alemania, y vuelto el Emperador á los estados de Flándes, se concertó con el doctor Olabe de quedarse en Alemania, para con su vida y doctrina resistir y detener la furia diabólica de los herejes, y sustentar la religion católica en cuanto les fuese posible. Ofrecióles para esto una muy buena ocasion Ottho Truchses, cardenal de la santa Iglesia de Roma y obispo de Augusta (que fué siempre gran defensor de nuestra fe católica), con un colegio y universidad que queria fundar en Dilinga (que es pueblo de la cámara obispal de Augusta), para que en ella algunos mozos tudescos de buenas habilidades se criasen en toda virtud y en sana y católica doctrina, y con ellas, siendo eclesiásticos, acabasen contra los herejes lo que las armas y tan señalada vitoria que Dios nos dió no habian podido acabar. Hizose el colegio, vinieron los estudiantes alemanes, pusieronse en él preceptores muy escogidos, entre los cuales los principales eran fray Pedro de Soto y el doctor Olabe, y el Cardenal hacia la costa á todos muy liberalmente. Pero despues se ofrecieron tantas dificultades, que no pudiendo vencerlas y pasar adelante con su buen propósito, fray Pedro de Soto se volvió á España, y Olabe se determinó de pasar á las Indias Occidentales, sujetas al Rey de Castilla, para aprovechar con su ejemplo y doctrina á los gentiles, pues no habia podido aprovechar á los herejes. Para esto envió una librería muy copiosa y vária de todas suertes de libros á Sevilla, donde se pensaba embarcar.

En el entretanto sucedió lo del concilio de Trento, que el papa Julio III mandó continuar, como habemos dicho. Fué Olabe para asistir al concilio en nombre del Cardenal de Augusta, que se lo habia rogado muy encarecidamente, y tambien para conocer y tratar en aquel teatro de toda la cristiandad los más eminentes y famosos letrados della, entre los cuales se señalaba él de manera, que fué tenido por varón muy docto y muy elocuente y gran disputador. Pero, como siempre tenia la determinacion de pasar á las Indias, y deseaba de veras agradecer á nuestro Señor, y convertir aquellos bárbaros



á su santa fe, habiendo sabido lo que los padres de la Compañía hacian en la India Oriental de Portugal, y el fruto maravilloso que se seguia de sus trabajos, escribió al padre Juan de Polanco, secretario de la Compañía, que estaba en Roma (con quien habia tenido grande amistad en París), la determinacion que tenia de ir á las Indias, rogándole que le escribiese muy particularmente los avisos y los modos que usaban los nuestros en la India para la conversion de aquella gentilidad; porque deseaba mucho seguir sus pisadas y aprovecharse de sus consejos. El padre Polanco, pareciéndole que era cosa larga para carta, le respondió que pues habia de irse á España (si le parecia), de camino pasase por Roma para ver aquellos santos lugares, y que allí tratarian largamente de todo lo que deseaba; porque en lo que pedia habia mucho que decir. Enojóse mucho Olabe con esta respuesta, por parecerle que le queria Polanco pescar para la Compañía con este cebo; y así, se determinó de no tratar más con los nuestros, ni tener que ver con ellos; y aunque en el concilio estaba colgado del padre Lainez, y se maravillaba mucho de su espíritu y doctrina, todavía tenia aficion á la persona, y no al instituto que profesaba.

Poco despues comenzó nuestro Señor á seguir la caza que habia levantado, y á apretarle más, poniéndole escrúpulos, dudas y dificultades en la ida á las Indias, que él tenia tan asentada. Comenzó pues Olabe á pensar si sería así más agradable á nuestro Señor hacer lo que tenia determinado, ó entrar en alguna religion y vivir debajo de obediencia de Perlado; y hallando razones por una parte y por otra, y teniendo varios pensamientos, que como olas y vientos contrarias le combatian, se determinó de tomar muy de véras este negocio, y de examinarle y resolverle con mucho peso y acuerdo.

A siete leguas de Trento, poco más ó ménos, está un lago que llaman de Garda, muy grande, y en medio dél está un monesterio de religiosos, muy apacible, apartado de ruido y aparejado para la soledad y contemplacion. A este monesterio se fué Olabe para pasar la cuaresma del año de mil y quinientos y cincuenta y dos, y darse á la oracion y penitencia, y suplicar con todas véras á nuestro Señor que le mostrase el camino por donde le queria llevar. Despues de muchos dias que gastó en este ejercicio con gran devocion, entendió cuán perfeta cosa es dejar todas las cosas por Dios, y hollando el hombre todo lo que el mundo ofrece y no puede dar, y lo que más es asimismo, crucificarse desnudo con Jesucristo crucificado y desnudo, y vivir y morir en religion. Y que pues esto, por su mucha dificultad, es dón más perfeto y de mayor merecimiento, y más agradable á Dios, y tambien más seguro y llano camino para el fin que pretendemos, debia seguirle, y dejarse de todos los otros cuidados. Con este rayo de luz y nueva lumbré del cielo, se determinó Olabe de en-

trar en religion, para no regirse por sí, sino por voluntad ajena. Pero ¿en qué religion? En esto punto estuvo muy dudoso; porque no le parecia cosa tan dificultosa dejar el regalo y libertad que tenia en el siglo, sujeta á mil maneras de servidumbre, y abrazar la sujecion libre y de reyes que hay en la religion, como acertar á tomar la religion en que esto se hubiese de hacer. Tendia los ojos por todas las religiones, examinaba sus fines, institutos y reglas, y parecia que se hallaba aparejado á tomar cualquiera dellas de que nuestro Señor fuese más servido, excepto la Compañía. La cual aborrecia de manera, que en toda su oracion, cuando se ofrecia á nuestro Señor, y le suplicaba que le pusiese en aquella religion en que él le habia de servir y agradar más, siempre exceptuaba la Compañía. Pero, como no hallase paz en su ánima, porque nuestro Señor queria que se le rindiese á discrecion y sin excepcion alguna, y hubiese pasado toda la cuaresma en esta congojosa lucha y perplejidad; el dia mismo de la gloriosa Resurreccion de nuestro Señor Jesucristo, diciendo misa y teniendo su sacratísimo cuerpo en las manos, comenzó á suplicarle con grandísimo afecto y devocion, de lo más íntimo de su corazon, que acabase ya de librarle de aquella cuidadosa congoja y agonía más que de muerte que tenia, y que resucitase su alma y sus huesos quebrantados con el resplandor de su gracia, y gloria de aquel santo dia; y con muchas lágrimas y sollozos decia al Señor: «Dios mio, ¿qué queréis de mí? Enseñadme á hacer vuestra voluntad, pues sois mi Dios; envidad vuestra luz y vuestra verdad sobre mí; yo quiero lo que vos queréis; mandad, que yo, pecho por tierra, os obedeceré; decid una sola palabra, que con ella yo tenderé la red.» Pero, aunque decia esto con mucho ahinco, y con resignacion en lo demás, siempre era con aquella excepcion de no ser de la Compañía. Aquí se sintió trocado el corazon, y oyó una como voz interior en el alma, que le decia: «Aquí te quiero yo, y no en otra parte; en esta Compañía has de vivir y morir; porque no tengo yo de seguir tu voluntad, sino tú la mía; *Durum est tibi contra stimulum calcitrare* (1). No pienses que bastarán coces contra el aguijón.» Oyó esta voz de Dios Olabe de manera, que comenzó á dar voces y á decir: *O domine, servus tuus sum ego, et filius ancille tue!* (2) «¡Oh Señor, siervo vuestro soy yo, y hijo de vuestra sierva y de vuestra Compañía!» Y luego hizo voto allí, delante del Santísimo Sacramento, que tenia en las manos, de entrar en la Compañía, con grande fervor y deseo de agradar á nuestro Señor. Porque aquel instinto y movimiento interior que sintió, fué muy fuerte y maravilloso.

Desde allí se mudó de tal manera, como quien habia recibido una nueva lumbré del cielo, para ver lo que ántes no veia; y no se hartaba de ma-

(1) *Actor.*, 9.

(2) *Psal.* cxv.

ravillarse de sí mismo, viendo el gran deseo con que apetecia despues lo que ántes tanto habia aborrecido; que éste es efeto de la divina gracia, como lo saben los que lo han probado. Volvió á Trento, acompañóse con el padre Lainez y Salmeron, y el mismo año de mil y quinientos y cincuenta y dos, habiéndose interrumpido el concilio (como dirémos), vino á Roma, donde nuestro padre Ignacio, despues de haberle probado y ejercitado en oficios bajos, y amoldándole al instituto de la Compañía, le hizo superior del colegio romano. En él vivió cuatro años, y le gobernó con gran fama de santa vida y de mucha erudicion; y el año de mil y quinientos y cincuenta y seis, á los diez y ocho dias de Agosto, y otros tantos despues que murió nuestro beatísimo padre Ignacio (á quien él habia enterrado por sus manos), pasó desta miserable vida á la otra perdurable, recibiendo en pocos dias la corona y galardón de sus breves y fervorosos trabajos. Yo fui muy amigo del padre Olabe, y le conocí y traté mucho, y me acuerdo que al principio que vino á Roma, sacándole yo algunas veces á visitar los santuarios y reliquias de aquella santa ciudad, cuando volvíamos, y llegábamos á nuestra casa, mirándola él, como corrido de sí mismo, con un nuevo sentimiento solia decir: «¡Oh santa casa, y los que estábamos allá fuera deciamos mal de tí!»

#### CAPÍTULO IX.

La vida y muerte del padre doctor Diego de Ledesma.

Gran sentimiento hubo en la Compañía por la muerte del padre doctor Olabe, por haberse llevado nuestro Señor, tan en breve, un padre que con su vida, doctrina y autoridad podia mucho ilustrarla y establecerla. Mas al mismo tiempo que murió, recompensó el Señor esta falta, que él hizo con su muerte, con traer á la Compañía, en Flándes, al doctor Diego de Ledesma, varón de grandes letras y de escogida virtud. Del cual me ha parecido decir aquí algunas cosas particulares, así por haber sido su entrada en la Compañía siendo ya vicario general el padre Lainez, como por el ejemplo y edificacion que todos los religiosos, y especialmente los estudiantes y letrados, podrán sacar della.

Era el doctor Ledesma español de nacion, de la villa de Cuellar; estudió en la universidad de Alcalá con gran loa y nombre de singular ingenio, y llamábase en aquel tiempo Villafañá. Fué despues á la universidad de París, donde estuvo algunos años perfeccionándose y aventajándose cada dia más en todo género de erudicion y letras. De allí pasó á Lovaina, donde tuvo conocimiento y trato familiar con algunos padres de la Compañía. Sentia grandes toques é impulsos del Señor para entrar en ella, y deteníase de hacerlo por dos cosas. La una, porque tenia escritas muchas obras de filosofia y teología, las cuales queria limar é imprimir ántes de entrar en la Compañía; porque no sabia si despues de entrado tendria libertad ó tiem-

po para poderlo hacer. La otra dificultad que le detenia, era una cierta pusilanimidad y recelo de no poder perseverar en la Compañía con tan gran pureza y entereza de vida como él deseaba. Con esto andaba vacilando y combatido de grandes ansias y congojas de corazon; unas veces deseando romper las cadenas y lazo que le detenian, y suplicando á nuestro Señor que le diese fuerzas para ello; otras desconfiando de sí, y pareciéndole que no tenia alas para volar tan alto, y que no merecia estado de tanta perfeccion. Hasta que un dia se determinó de hablar con un padre de la Compañía amigo suyo, y de quien hacia confianza (que á la sazón se hallaba en Lovaina), y preguntarle si entrando él en la Compañía tendria más paz y quietud en su alma que la que tenia allá fuera. A lo cual el padre le respondió que esto sólo Dios nuestro Señor lo podia saber, que sabe lo porvenir, y lo ve como si estuviese presente; que él no podia decir cosa cierta de lo que habia de ser. Mas si le preguntaba lo que creia que sería, que por la experiencia que tenia de sí y de otros muchos, confiaba en nuestro Señor y tenia por cierto que le daria en la Compañía entero consuelo y descanso. En oyendo estas palabras el doctor Ledesma, como quien suelta una represa de agua, con grande ímpetu y muchas lágrimas y sollozos comenzó á decir á gritos: «Pues héme aquí; yo, padre, me pongo en vuestras manos y me ofrezco de entrar en la Compañía.» Dijo esto con un sentimiento tan extraño, deshaciéndose en lágrimas, que temiendo aquel padre no fuese algun súbito fervor, le fué á la mano y le dijo: «Paso, no hagais voto hasta que estéis más sosegado.» Y el dia siguiente, preguntando al doctor Ledesma qué fervor habia sido el de el dia pasado, le respondió muy blandamente que no le pareciese liviana la resolucion que él habia tomado despues de siete años de lucha y deliberacion. Despues desto, yendo á Roma y pasando por la ciudad de Colonia, donde posó en nuestro colegio, andando un dia muy pensativo y pidiendo á nuestro Señor en su corazon le diese el dón de la castidad y de la perseverancia, el padre Leonardo Kesel, que era allí rector del colegio de la Compañía, y varón de probada virtud y dotado de grandes dones de Dios, se le hizo enconradizo, y sin haberle hablado palabra el padre Ledesma, le dijo, como quien le hablaba al corazon: «No dudeis, padre mio, mas estad cierto que Dios os dará castidad (1) y perseverancia.» Con las cuales palabras, por entender que el Señor habia descubierto á aquel siervo suyo su necesidad y deseo, en gran manera se confirmó en su vocacion. Otra vez, estando en la ciudad de Augusta, y siempre con recelo y temor de sí, y suplicando afectuosamente al Señor que le esforzase, y le concediese estos dones inestimables de la perseverancia y castidad, haciendo oracion, le apareció visiblemente Cristo nuestro Señor, y con grande be-

(1) La palabra *castidad* falta; pero en la edicion de que nos servimos está suplida de letra manuscrita muy antigua, y quizá del mismo PADRE RIVADENEIRA, pues fué del colegio Imperial.



nigüedad se los prometió. Y preguntándole su confesor (á quien él descubrió este regalo y merced del Señor) en qué figura y con qué vestido le habia aparecido Cristo, respondió que era tanta la dulzura y júbilo espiritual que le comunicó con su vista, que no le daba lugar á advertir otra cosa alguna; porque en aquel punto estaba enajenado y como fuera de sí. También otra vez, estando en oración y pidiendo estos mismos dones á la serenísima Reina de los ángeles, nuestra Señora, le apareció, acompañada de santa María Magdalena y de santa Catalina mártir, y de santa Catalina de Sena; y mirándole con rostro blando y suave, le dijo: «No temas, hijo mio; que yo te prometo el dón de la castidad y de la perseverancia que demandas, y el día de tu muerte me verás y experimentarás que te he dicho verdad. Porque es tan glorioso el dón de la castidad, que merece ser favorecido el que con tanto ahinco le desea y pide.» Lo mismo le prometieron las otras santas, á las cuales oyó cantar suavemente á la despedida:

Mirad, mirad, mirad,  
El dón de la castidad;  
Y cuán grande será  
El dón que Dios da;  
Y cuán grande será  
El dón que Dios da.  
Mirad, mirad, mirad,  
El dón de la castidad.

Con estos favores del Señor se animó el padre Ledesma, y venció las dificultades y espantos que al principio se le habian representado; y fué muy gran siervo de Dios, y muy regalado de su bendita mano.

Vino á Roma en el principio del año de mil y quinientos y cincuenta y siete, siendo ya vicario general el padre maestro Lainez (como dijimos); leyó ocho lecciones, en ocho días, de todas las ciencias y facultades que habia estudiado, de gramática, retórica, lógica, filosofía natural y moral, matemáticas y de la sagrada teología. Duraba cada lección más de una hora. Hallóse siempre á estas lecciones el padre maestro Lainez, con los padres mas graves y mayores letrados de la Compañía que habia en Roma, y quedaban admirados del ingenio, comprehensión y resolución que tenia. Leyó despues teología y las controversias, y fué prefecto de los estudios en el colegio de Roma, con tan grande exaccion, cuidado y vigilancia que no se enseñase ni defendiese en él proposición ninguna, en la teología ni aun en la filosofía, que no fuese muy sana y sin sospecha de novedad, que le aconteció una vez no querer pasar una conclusión de uno de los maestros que leían; y preguntándole el superior por qué no la pasaba, pues algunos autores graves la tenían, respondió que porque de aquella conclusión necesariamente se seguía otra, y de la otra, otra, y finalmente, por decais consecuencias que le dijo, sacó otra que estaba condenada por error en un concilio. Los mismos maestros y letores del colegio romano me

decían á mí que ellos eran maestros de sus discípulos; pero que el padre Ledesma era maestro de los maestros. Y el padre maestro Lainez, alabando mucho las letras de algunos padres que leían en Roma, y tenían nombre de grandes letrados, me dijo: «Docto es Fulano y docto es Fulano; pero Ledesma es gran cosa.» Y así, despues que comenzó á descubrir los rayos de su sabiduría, vino á ser muy estimado en Roma, y consultado de los dentro y de fuera de la Compañía, teniendo sus respuestas y resoluciones por muy prudentes y muy fundadas y santas.

Entendiendo pues en estas ocupaciones, el año santo de mil y quinientos y setenta y cinco (en el cual fué innumerable la gente que de todas partes de la cristiandad concurrió á Roma para ganar el santo jubileo), no pudiendo los confesores ordinarios de la Compañía, que estaban en la penitenciería de San Pedro, darse manos y acudir juntamente á los que venían á confesarse, y á los que venían con casos y enredos y escrúpulos de sus conciencias, los superiores sacaron al padre Ledesma del colegio romano, y le pasaron al de la penitenciería, para que él resolviese las dudas y dificultades ocurrentes, y hiciese solo lo que muchos no podían hacer. Hizolo con maravillosa satisfacción de los que le consultaban, por la grande opinión que tenían de sus letras; pero con tan excesivo trabajo suyo, que al cabo de seis meses se le hizo una postema en la cabeza, de la cual santamente murió, con grande lástima y sentimiento de aquella ciudad, á los diez y ocho de Noviembre del año mismo de mil y quinientos y setenta y cinco.

Tuvo este padre, los años que vivió en la Compañía, que fueron de nueve, grandes gustos y regalos de Dios; los cuales haber sido verdaderos mostró por las obras de virtudes singulares que siempre hizo, y entre ellas notamos los de la Compañía que más le tratamos, estos cuatro pares y combinaciones. La primera, que con ser tan gran letrado, y tenido por tal de todos, era tan humilde y hacia tan poco caso de sí como si fuera un hermano novicio y simple, sin hacer muestra ni ostentación de que era nada ni sabia nada. Cuando hablaba con el rector y con los otros superiores inferiores, siempre quería estar con el bonete en la mano, abajando su cabeza, y rindiéndose luego á todo lo que le decían. La segunda, que nacia desta humildad y de una grande piedad, que teniendo un ingenio tan agudo, profundo y comprehensivo, que parecía un monstruo, por otra parte era tan pío y tan amigo de todas las cosas de devoción, como son imágenes, agua bendita, cuentas de perdones y otras semejantes, que ponía admiración. Y deste mismo espíritu procedía ser amísimos de libros espirituales, llanos y sencillos, y de personas que sin aparato y elegancia de palabras comunican las verdades puras que recibieron de Dios. La tercera, que con ser en el gobierno de los estudios que tenía á su cargo, muy diligente y vigilante para no dejar pasar una tilde,

que no advirtiese y proveyese, por otro cabo tenía una paciencia y mansedumbre extraña, con la cual se daba á todos, grandes y pequeños, estudiantes y maestros, y por más que le causasen, no se cansaba, ni sabia decir una palabra áspera, juntando en uno la eficacia con la ejecución y diligencia, y la blandura y mansedumbre con la paciencia y sufrimiento. La cuarta, que con tener un celo extraordinario de la observancia de nuestras reglas, y del aprovechamiento y buen progreso en la virtud de los de la Compañía, y acudir muchas veces á los superiores, representándoles los medios que para esto se le ofrecían; en el punto que ellos se resolvían en cualquiera cosa, aunque fuese contraria á lo que él sentía y proponía, luego quitaba su bonete, y quedaba con tanta paz y quietud como si los superiores hubieran seguido y mandado ejecutar lo que á él le parecía. Porque la obediencia de su entendimiento era admirable, y parecía de un novicio fervoroso, y defendía con todas sus fuerzas la autoridad y cualquiera ordenación del superior; exhortando á sufrir cualquiera molestia y agravio ántes que turbar un punto la paz y union de la religion.

Heme anticipado á contar la entrada y la vida que hizo en la Compañía el padre Ledesma, por habérnosle dado el Señor al mismo tiempo que murió en Roma el padre Olabe (como queda dicho), de cuya vida y muerte hablamos en el capítulo pasado, porque aquel era su lugar. Y porque aquí escribimos principalmente la vida del padre maestro Diego Lainez, y ya es tiempo de volver á ella, ántes que volvamos, quiero decir que el padre Ledesma, viniendo por el camino de Flándes á Roma juntos, me solía decir que habia deseado vivir en tiempo de san Agustín, ó de otro de aquellos santos y esclarecidos doctores que fueron pozos de sabiduría y lumbreras del mundo, para tratar con él y aprovecharse de la luz de su doctrina; y despues que llegó á Roma, y comunicó familiarmente con el padre Lainez, me dijo que ya Dios nuestro Señor le habia cumplido en esto su deseo, y no tenía más que desear. Pero sigamos lo que decíamos del concilio de Trento, y lo que del padre maestro Lainez habíamos comenzado.

#### CAPÍTULO X.

Cómo fué nombrado el padre Lainez provincial de la Compañía en Italia.

En este medio sucedieron nuevas guerras y trabajos, con que el concilio de Trento se hubo otra vez de interrumpir y suspender; y así, el padre Lainez, estando desembarazado, despues de muchas réplicas y resistencia que hizo, fué declarado provincial de Italia por nuestro beatísimo padre Ignacio, el año de mil y quinientos y cincuenta y dos. Aceptó el cargo á los quince de Julio, con mucha pena y repugnancia suya, mas con gran deseo, alegría y fruto de su provincia y de toda la Compañía; porque hizo su oficio como dél se esperaba, animando á sus hijos, y moviéndolos á toda virtud

con sus consejos, amonestaciones y avisos, y especialmente con el ejemplo admirable de su vida, y con las oraciones que continuamente por ellos hacia á nuestro Señor, procurando en todo que se conformasen con la regla de su instituto, y fuesen verdaderos hijos de la Compañía. No fué de ménos provecho el padre para las ciudades y pueblos de Italia con los sermones que predicaba y con las lecciones de cosas sagradas que hacia, y con las respuestas que daba en las cosas graves que se le consultaban. Llevó adelante y puso en mejor orden los colegios que estaban comenzados y procuró que se hiciesen otros de nuevo, como fué el de Perosa y el de Génova, en la cual ciudad fué mucho lo que nuestro Señor se sirvió el tiempo que en ella estuvo el padre Lainez. Porque trató muy de propósito toda la materia de cambios y usuras y restitución, y declaró muchas cosas muy dudosas, que se tenían por llanas, descubriendo los lazos escondidos que para enredar las ánimas arma Satanás; y así muchos, con la nueva luz y conocimiento que tuvieron, hicieron grandes restituciones, y algunos se apartaron de aquellos tratos, y otros despues usaron dellos con mucho recato y aviso.

En este gobierno de su provincia gastó el padre Lainez el resto del año de mil y quinientos y cincuenta y dos, y los dos siguientes de mil y quinientos y cincuenta y tres y mil y quinientos y cincuenta y cuatro, hasta que por mandado del papa Julio III, él y el padre Jerónimo Nadal, en compañía del cardenal Juan Moron, legado de su Santidad, fueron á la dieta imperial que se hacía en Augusta, ciudad imperial de Alemania, en la cual se habian de tratar muchas cosas graves tocantes á la religion. Pero poco despues, el año de mil y quinientos y cincuenta y cinco, muriendo en el mes de Marzo el pontífice Julio III, volvió el cardenal Moron, y con él los dichos padres; y el padre Lainez se quedó en Florencia, para predicar en aquella ciudad, y de allí gobernar con más comodidad su provincia.

En lugar del papa Julio III, difunto, eligieron los cardenales á Marcelo Cervino, cardenal de Santa Cruz, varon de santa vida y de rara prudencia, que se llamó en su asunción Marcelo II. El cual habia sido legado en el concilio de Trento (como se dijo), y en él y en Roma habia siempre sido muy devoto y gran profesor de la Compañía, y así luego mostró la voluntad que le tenia. Porque la primera vez que nuestro beatísimo padre Ignacio le fué á besar el pié y á darle la obediencia, le mandó su Santidad que le diese dos padres de la Compañía, los que á él le pareciesen, con los cuales pudiese consultar algunos negocios de los que en la carga tan pesada que nuestro Señor habia puesto sobre sus hombros necesariamente se le habian de ofrecer. Y fué tan grande la modestia del Pontífice, que dijo á nuestro padre Ignacio: «Estos dos os pido, si no os parece que estarán mejor ocupados en otra cosa.» Nombró nuestro padre Ignacio, para lo que su Santidad mandaba, al padre Lainez, que



habia sido confesor del mismo Papa cuando era cardenal, y tenido con él estrechísima amistad en Trento y en Roma, y al doctor Olabe (de quien habemos hablado), que el año ántes habia estado con el Papa en Agubio, de donde era obispo, y con su maravillosa doctrina le habia ganado la voluntad de manera, que el Papa le llamaba su maestro. Ambos eran, por sus grandes partes, muy á propósito para lo que su Santidad los queria. Pero fué nuestro Señor servido de llevarse al Papa dentro de pocos dias, con gran dolor y sentimiento de todos los buenos, que tuvieron su muerte por azote y castigo de Dios.

## CAPÍTULO XI.

Cómo el papa Paulo IV le quiso hacer cardenal, y lo que él hizo para no serlo.

Fué elegido, en lugar de Marcelo II, Juan Pedro Carafa, arzobispo de Nápoles y dean del sacro colegio de los cardenales, que en su asuncion se llamó Paulo IV, el cual algunos años ántes, siendo obispo teatino, habia dejado el obispado que tenía, y juntamente con otros siervos de Dios dado principio á la religion de clérigos regulares, que de su nombre se llamaron teatinos, como lo escribimos en la vida de nuestro padre Ignacio (1). El pontífice Paulo IV quiso mucho al padre Lainez, y así trató de hacerle cardenal, por la grande estima que tenía de su santidad y doctrina. Cuando se entendió esta voluntad del Papa, me dijo nuestro padre Ignacio que si Dios nuestro Señor no ponía su mano, dentro de pocos meses tendríamos al padre Lainez cardenal. Pero que si lo fuese, él lo sería de manera, que el mundo entendiese si la Compañía pretende capelos y mitras, ó huye dellas. El buen padre Lainez, como supo esta determinacion tan resoluta del Papa, afligióse de manera, que no cesaba de día y de noche de suplicar á nuestro Señor con muchos suspiros y lágrimas que le librase de aquella cruz, y que no permitiese que él dejase la santa bajeza y el menosprecio del mundo en que habia comenzado y tenía en la Compañía. Visitaba á todos los cardenales sus amigos, suplicándoles uno á uno que le favoreciesen en esto, y lo estorbasen. Mandóle su Santidad que fuese á vivir á su sacro palacio, con color de consultar con él los negocios de la Dataría, que queria reformar. Fué el padre, y estuvo allí un día, y volvióse á casa la mañana siguiente, sin decir nada al Papa, con achaque de que tenía necesidad de libros y de consultar aquellas materias con otros letrados; pero verdaderamente con intencion que se entibiase el Papa en la voluntad que tenía, y librarse él de aquella sagrada dignidad, de la cual se juzgaba por tan indigno. Y hizo tantas diligencias para no ser cardenal, cuántas algunos hacen para serlo. Porque la prudencia del cielo y la de la tierra son contrarias; y así, lo que á los ojos de carne y á la sabiduría vana del mundo parece desatino, los

(1) Lib. II, cap. VI.

hombres espirituales, que se rigen por otro norte y con lumbre del cielo, lo tienen por suma prudencia, como se ve en los ejemplos de innumerables santos y siervos del Señor, religiosos y no religiosos, que no quisieron admitir las dignidades grandes que les ofrecían, ó las dejaron despues de haberlas tenido; de los cuales las historias dellos están llenas. Para declarar más el ánimo que nuestro Señor le daba en esto, y darlo á entender mejor á la Compañía, escribió el padre Lainez un papel, firmado de su mano, con estas palabras: «Porque he sabido de algunas personas graves no sé qué, que su Santidad trata de mí, pongo á nuestro Señor por testigo, y digo delante dél con toda llaneza y verdad, que es cosa á que tengo grande aversion y que no soy para ella; tanto, que mirando á mí, y á las partes que para ella me faltan, me parece cosa de risa y ajena de mi vocacion; en la cual pienso que serviré á nuestro Señor y á su Vicario y á la santa Iglesia con mayor provecho, como lo he prometido y hecho voto á Dios, conforme á las constituciones de la Compañía. Lo cual procuraré con todas mis fuerzas de persuadir á la santidad del Papa nuestro señor con muchas y muy fuertes razones que tengo para ello. En Roma, en la casa profesa de la Compañía, á decinueve de Diciembre de mil y quinientos y cincuenta y cinco.» Y así, nuestro Señor, que quiere que la Compañía le sirva en bajeza, oyó entónces las oraciones deste su siervo y de toda la Compañía, librando al padre maestro Lainez deste peligro; y cuando salió dél fué maravillosa la alegría y regocijo de su alma, haciendo continuamente gracias al Señor por ello, y teniendo esta merced por una de las mayores que en toda su vida habia recibido de su bendita mano.

## CAPÍTULO XII.

Cómo fué elegido por vicario general de la Compañía, y de una persecucion que contra ella se levantó.

Esto pasó en fin del año de mil y quinientos y cincuenta y cinco. Despues, el año siguiente de mil y quinientos y cincuenta y seis, murió nuestro beatísimo padre Ignacio de Loyola, á postrero de Julio, estando el padre Lainez muy doliente y para morir (como dijimos). Pero, así malo como estaba, fué elegido por vicario general, sin que él supiese nada dello, y aunque quando lo supo se maravilló mucho y le pesó, todavía, conformándose con la voluntad de nuestro Señor, comenzó á hacer su oficio. La primera cosa que hizo fué, llamar la Compañía á congregacion general para elegir prepósito general que la gobernase. El año de mil y quinientos y cincuenta y siete, al tiempo señalado, fueron á Roma los padres que habian sido nombrados en todas las provincias de Europa, fuera de los de España, que no pudieron ir por la guerra que habia en aquel mismo tiempo entre el papa Paulo IV y el Católico rey don Felipe II dese nombre. Y así, los padres españoles, aunque desea-

ban en gran manera y procuraban hallarse en la congregacion general, todavía fueron forzados á dejar por entónces aquella jornada. Al padre Lainez y á los demas padres que estaban en Roma pareció por una parte de gran inconveniente que en la primera congregacion general de la Compañía, que habia de ser la regla y el modelo de las demas, faltasen todos los padres de todas las provincias de España; y por otra parte, que ellos no podian en ninguna manera hallarse en ella (por lo que habemos dicho), haciéndose en Roma. Para esto trataron si sería bien señalar para la congregacion otro lugar, al cual los padres de España libremente pudiesen ir, ó si sería mejor dejarla por entónces, y dilatarla para otro tiempo de mayor sosiego y quietud; porque hacer congregacion sin ellos juzgaban (como he dicho) que era negocio de muchos y muy graves inconvenientes. En fin, despues de haber mirado y pesado mucho los que de cada parte se les ofrecían, y encomendándolo mucho á Dios, se resolvieron en dilatar la congregacion; y así, enviaron á los padres que habian venido á sus casas, avisándoles que volviessen á Roma al tiempo que fuesen llamados, que sería lo más presto que se pudiese hacer, dando nuestro Señor, con la paz que se esperaba, tranquilidad y quietud.

Esta resolucion se tomó; pero el demonio, que vela siempre para hacernos mal, y que tiene tanta ojeriza con la Compañía, de una determinacion tan santa y tan necesaria, y hecha con tanto acuerdo de los padres, tomó ocasion para hacernos guerra y para perseguir al padre Lainez y á los demas. Porque ciertas personas (no sé con qué celo ó engaño) dieron á entender al Papa que los padres de la Compañía trataban de salir de Roma, y hacersu congregacion general fuera della, por estar apartados de su Santidad y huir su suprema autoridad y juicio, y que no era todo agua limpia, pues se huía de la luz que consigo trae la verdad. El Papa, aunque tenia muy grande opinion y satisfacion del padre maestro Lainez (como se ve de lo que queda escrito), todavía, como el padre no era solo en este negocio, y era español, y casi todos los otros que le habian tratado, y los españoles, por la guerra, eran entónces más sospechosos que gratos, creyó lo que se le dijo, y enojado dello, envió luego á mandar que se le diese lista de todos los de la Compañía que estábamos en Roma, y sus nombres y naciones, y que no saliese ninguno della, sin mandato y licencia expresa de su Santidad; y así se hizo.

Entendida la causa desta novedad, el padre maestro Lainez, con grandísimo sosiego y paz de su alma, se volvió á nuestro Señor, suplicándole que pusiese su mano, y que pues sabía la verdad y llaneza y sinceridad con que se habia tratado aquel negocio, la diese á entender á su vicario. Ordenó también que se hiciesen muchas oraciones, diciplinadas y penitencias en Roma y fuera della para este fin, y que se dijese cada día las letanias, á la manera que se hizo en la órden del glorioso patriarca

santo Domingo por ocasion de un grave enojo que tuvo contra ella el pontífice Inocencio IV (1). Y como los medios que se tomaron en aquella ocasion y en ésta fueron todos unos, y tan fuertes y eficaces, así también el fin y buen suceso fué el mismo en la una y en la otra religion, como cosa negociada y acabada en el cielo por los ruegos y plegarias de la Reina de los ángeles, nuestra Señora, y de tan grandes siervos y amigos de Dios. El cual suele probar y afinar á los suyos por estos caminos, y despues de haberlos humillado y mortificado para que no confien en sí, los levanta y vivifica, para que en Él tengan toda su confianza. Así lo hizo, por su soberana bondad, el Señor esta vez; porque aplacó y desenojó al pontífice, y le ablandó, y hizo hacer todo lo que el padre Lainez quiso, con sólo saber la verdad, la cual tiene tanta fuerza (por la que le da la verdad eterna), que á la fin sola ella basta para vencer todas las máquinas y ardidés de sus enemigos.

## CAPÍTULO XIII.

Eligente general.

Vino el año de mil y quinientos y cincuenta y ocho, y con la paz que se habia seguido entre el Papa y el rey Católico, hubo lugar de hacerse con quietud la congregacion general; y así, vinieron á Roma de todas las provincias los padres provinciales, y los otros que habian sido nombrados en las congregaciones provinciales por electores. Juntáronse en Roma todos, y despues de haber tratado en la congregacion el órden que se habia de tener en la eleccion (lo cual todo aprobó su Santidad, interviniendo y dando su parecer cuatro cardenales, con quien la fórmula y modo de la eleccion por su órden se comunicó), vinieron al acto de la eleccion del General, por la cual en toda la universal Compañía se hacian muchas oraciones, ayunos y diciplinadas, y se decían misas y las letanias, y otras rogativas, para alcanzar la gracia del Señor. Finalmente, á los dos de Julio, día de la Visitacion de nuestra Señora la Virgen María, vino el cardenal don Pedro Pacheco á la congregacion; y estando todos los padres juntos, les dijo, en nombre de su Santidad, que hiciesen su eleccion con toda libertad, y que eligiesen persona digna de aquel cargo tan importante, no solamente para el bien de la Compañía, sino de toda la Iglesia; y que su Santidad se inclinaba que el prepósito general fuese perpétuo. Y que la Compañía tuviese á su Santidad por padre, no como le tienen todos los cristianos en general, sino por padre particular; porque tal lo queria ser, por los grandes merecimientos de la Compañía, y por los servicios que en todas partes hace á la Iglesia. Hizose la eleccion en el mismo aposento en que nuestro bienaventurado padre Ignacio murió y dió su espíritu al Señor, suplicándole todos los electores que les diese otro padre y sucesor semejante á él; y en ella fué nombrado, con gran-

(1) Fray Fernando del Castillo, lib. II, cap. IV.



disima conformidad, por padre y prepósito general, el padre maestro Lainez, con tanta alegría y regocijo interior de los electores, y tantas lágrimas, llenas de devoción y celestial regalo, que muchos dellos decían que desde su primera entrada en la Compañía no habían tenido mayor gozo espiritual ni mayor consuelo, y esto con tanta ternura y sentimiento, que les parecía ser extraordinario favor y regalo del Señor.

Cuando se divulgó que el padre Lainez era prepósito general, fué maravilloso el contento que recibieron todos los nuestros, y los de fuera que habían concurrido á nuestra casa y estaban aguardando esta elección; porque era extrañamente amado y reverenciado universalmente de todos. Él solo era el que lloraba; y estando los demás gozosos por su elección, estaba triste, aunque muy esforzado, y confiando en nuestro Señor, que le había elegido para aquel cargo. Y tenía buenas prendas dello, así por el testimonio que le daba su conciencia de nunca haberle pretendido y deseado, como por los muchos oficios que había hecho para no serlo, y por los medios que había tomado para dar á entender á los electores que no era para ello.

A los seis de Julio, día de la octava de los gloriosos príncipes de los apóstoles, san Pedro y san Pablo, fué toda la congregación á besar el pié á su Santidad y á tomar su bendición. Recibiólos el Pontífice con mucha benignidad y grandes muestras de amor; mandólos entrar dentro de su aposento y llegarse más cerca de sí. Estando todos puestos de rodillas al derredor de su silla, les habló su Beatitud en latín, casi con estas mismas palabras, que, por parecerme que serán de consuelo, pondré yo aquí en nuestro romance castellano:

«Con grande alegría de nuestro corazón hacemos gracias á Dios nuestro Señor, dador soberano de todo lo bueno, por esta merced que os ha hecho, hijos carísimos, asistiendo á vuestra elección, la cual por cierto entendemos haber sido pia, canónica, santa y muy acertada. Porque, habiéndose hecho con tanta unión y consentimiento universal de todos, no puede ser sino del Espíritu Santo, en la unidad del cual vosotros caminais y sois y queréis una misma cosa en el Señor. Y vese claramente que esta vuestra bienaventurada Compañía está fundada, no sobre arena ni sobre tierra movediza, sino sobre la piedra firme y estable; sobre aquella piedra angular, que es Cristo nuestro Redentor. Y cierto que importaba mucho que esta vuestra primera elección que se ha hecho conforme á vuestras constituciones saliese tan bien y fuese tan ejemplar, que quedase por dechado y regla de todas las demás que para adelante se harán, como esperamos en nuestro Señor que será; el cual conservará en vosotros este espíritu y esta unión tan entrañable que ahora hay. Acrecentará con su santa bendición estos principios que ahora vemos de vuestra Compañía; acabará Él lo que ha comenzado para gloria suya y provecho de su santa

Iglesia.» Y volviéndose al Prepósito general, le dijo: «Sobre vos, hijo carísimo, ha caído la suerte; habéis sido hecho Prepósito desta bendita Compañía, la cual, habiendo comenzado de pequeños y humildes principios, como todas las demás cosas de Dios, ha padecido muchas persecuciones, y con ellas ha acarreado maravillosos provechos á la santa Iglesia. Nosotros nunca, desde que comenzastes, habemos dejado de favoreceros, ni lo dejaremos para adelante; porque sabemos muy bien, con el testimonio y aprobación de todo el mundo, cuán provechosos son vuestros trabajos, cuán cierta y cuán segura esperanza podemos tener de lo que Dios quiere obrar por vosotros, y de la mudanza y reformation que con su gracia se ha de seguir dellos, pero á mucha costa vuestra. Que no os ha llamado Dios al descanso, no, sino al trabajo; no al regalo, sino á la cruz; porque en fin (como dice el mismo Señor (1): «No es el siervo mayor que el señor, y si yo he sido perseguido, también lo seréis vosotros.») A este Señor pues habéis vosotros de seguir, y salir de los reales, llevando acuestas el improperio y la ignominia de su cruz, poniendo atentamente los ojos en aquel buen Jesús, autor y consumidor de la fe; el cual, teniendo delante el gozo y pudiendo echar mano dél, no quiso sino abrazarse con la cruz, no haciendo caso del abatimiento y oprobrio que en ella se encerraba, como dice el apóstol san Pablo (2). Poneos delante del beatísimo apóstol y príncipe de los apóstoles, san Pedro, el cual, así como fué el más fervoroso en amarle, así fué el más semejante á Cristo en su pasión; y teniéndose por indigno de la honra de la cruz, que á los ojos de la carne parecía tan deshonorada y afrentosa, no quiso ser crucificado con la cabeza arriba, como Jesucristo nuestro Redentor, huyendo con este hecho, no de la muerte, sino de la gloria desta manera de muerte. Considerad los ejemplos de todos los otros santos, así del viejo como del nuevo Testamento, y acordaos que la voz de todos fué ésta: *Propter te mortificamur tota die, et facti sumus velut oves occisionis* (3): «Señor, por vos somos mortificados cada día y cada hora, y somos como las ovejas del matadero, que están aguardando el cuchillo.» «¿A quién de los profetas no han perseguido vuestros padres?», dijo san Estéban á los judíos (4). Y el Señor: «Vosotros henchid la medida de vuestros padres.» (5) Veis, hijos carísimos, el estado presente y miserable de la santa Iglesia, la cual está rodeada de enemigos por todas partes, que la persiguen, afligen y combaten, procurando con todas sus fuerzas y mañas de rasgar esta túnica inconsútil, y aniquilar esta tan querida esposa del Señor. Y si tomasen las armas contra ella solamente los gentiles, los judíos, moros, infieles y bárbaros, y los hombres nacidos en las islas nuevamente descu-

(1) Joann., 15.  
(2) Hebr., 12.  
(3) Psalm. LXXX.  
(4) Act., 7.  
(5) Matt., 34.

biertas, y apartadas del conocimiento del Señor, habría ménos que maravillarnos. Pero vemos que hacen guerra á la Iglesia los que se tienen por hijos de la Iglesia, los que se precian del nombre de cristianos, los que han sido santificados con el mismo bautismo y gozan de los mismos sacramentos de que nosotros gozamos. Por tanto, es necesario que vosotros, como buenos y valerosos soldados, estéis alerta y veleis como en centinela; porque sin duda vendrá tiempo, en el cual ni vosotros seáis oídos, ni vuestra doctrina sea recibida. Vendrá tiempo en el cual por el santo nombre de Jesús seréis aborrecidos de muchos, los cuales pensarán hacer servicio á nuestro Señor en encarcelaros, y aprisionaros, y perseguiros, y daros la muerte. Para todas estas peleas os habéis de armar, como con un arnés tranzado y peto fuerte, del amor de vuestro Maestro y Señor, y del celo de su gloria, y bien de las almas; y dejando aparte cualquiera temor y respeto vano de los hombres, salir al encuentro de los enemigos con ánimo esforzado y valeroso, confesando libremente delante de todo el mundo el nombre de Dios. Mirad que no os estorbe el favor ni la gracia de los príncipes, no os espanten sus amenazas, no os ablanden los regalos, no os cieguen las honras, no os engañe la codicia, ni el deseo de ninguna cosa deste siglo, que por más hermosa que parezca, en fin se acaba con él; sino que corraís, como habéis comenzado, con grande aliento y fervor, hasta que alcanceis aquel galardón y corona de gloria que pretendéis, haciendo sacrificio de vosotros mismos, y ofreciéndolos al Padre eterno por Jesucristo su Hijo, nuestro Señor, en olor suavísimo de alabanza.

«Cuanto toca á la elección que habéis hecho, primeramente nosotros hacemos incesables gracias á nuestro Señor por ella, y despues, por la autoridad que de su parte tenemos, la confirmamos, y también todas las gracias y privilegios, así espirituales como temporales, que nuestros predecesores ó nosotros mismos os habemos concedido, y estamos aparejados para concederos de nuevo todos los demás que fueren menester para que lleveis adelante esta gloriosa empresa que habéis comenzado. A vuestra santa Compañía, y á vosotros, como á hijos carísimos y regalados de Dios, os recebi-

mos debajo del amparo y protección desta santa Sede Apostólica. Vosotros, como verdaderos hijos, tenednos en lugar de padre; acudid á nosotros en todas vuestras necesidades con confianza, aunque os parezca que estamos ocupados con otros negocios. Porque, aunque es verdad que Dios nuestro Señor en este tiempo nos prueba y ejercita con muchos trabajos y continuas y graves ocupaciones, pero ninguna ocupación, por grave que sea, será bastante para cerraros la puerta, ni para que no seáis muy bien venidos en cualquiera hora que vengais. Siempre hallaréis en nosotros amparo contra vuestros enemigos, consuelo en vuestros trabajos, y galardón y premio de vuestro esfuerzo y virtud. Finalmente, en el nombre de Jesucristo nuestro Señor, y con la autoridad de los bienaventurados apóstoles san Pedro y san Pablo, en cuyo lugar nos puso Dios, os bendecimos, y cualquiera bendición que tenemos y os podemos dar, os la damos de muy buena voluntad con corazón amoroso y de padre; suplicando humildemente á Dios todopoderoso que extienda esta bendición á todos vuestros hermanos que están derramados por todas las partes del mundo, y les dé virtud y eficacia para que le sirvan. Ofrecémosos al Señor, y suplicámosle os acreciente en número y en virtud, y que de tal manera os esfuerce y favorezca con su gracia, que lleveis por toda la redondez de la tierra el estandarte de su cruz y glorifiqueis su santo nombre.»

Todo esto dijo su Santidad con grande elocuencia y afecto, mostrando con sus palabras la estima que tenía de la Compañía, y el amor y voluntad de favorecerla. Y conforme á las palabras fueron las obras, mandando proveer y dar todo lo necesario para la congregación general, y haciéndonos otras mercedes y gracias, que sería largo y fuera de mi propósito quererlas contar. Esto he querido decir, para que se entienda cuán trocado estaba el Papa de lo que había estado el año pasado, por la falsa información que le dieron, y lo que obraron las penitencias y oraciones que para esto se hicieron en toda la universal Compañía, y para que con todo nuestro corazón procuremos poner por obra lo que Cristo nuestro Señor nos dijo por boca de su vicario.

## LIBRO SEGUNDO.

### CAPÍTULO PRIMERO.

Lo que comenzó á hacer en su gobierno.

Acabada pues la congregación general, y despedidos los padres que habían estado en ella, y enviádoslos á sus casas, comenzó el padre Lainez á ejercitar su oficio y á gobernar la Compañía maravillosamente. Y lo primero que hizo fué, mandar imprimir las constituciones que nuestro beatísimo

padre Ignacio había dejado, y habían sido aprobadas y recibidas con grande reverencia en aquella misma congregación general, y con una epístola que en el principio de las constituciones se puso, enseñar á todos sus hijos el caso que deben hacer dellas, exhortándolos á leerlas y guardarlas con gran cuidado. También dió orden que se guardasen los decretos y ordenanzas de la congregación, y que se fuesen asentando y perfeccionando otras